

CONTRA LOS HUMANISTAS

CAPITULO IV

La experiencia, fuente de conocimiento. - Contra los verbalistas. - Ciencias transmisibles e intransmisibles. - La incomunicabilidad de la pintura. - Contra los resúmenes. - Condición de los inventores. - Ciencias imitables. - Excelencias de la pintura.

118. Las palabras que no adulan los oídos del auditorio ocasionan siempre aburrimiento y fastidio. Ello se manifiesta especialmente cuando los oyentes se ven atacados por las ganas de bostezar. Tú, que te diriges a los hombres cuya voluntad deseas atraerte, cuando veas tales manifestaciones de cansancio, abrevia tu discurso y cállate prudentemente.

Si procedes de otro modo, en lugar de las ventajas que buscas, sólo obtendrás animadversión y hostilidad.

Si quieres saber qué es lo que interesa a alguien, sin preguntárselo, háblale de diversos temas y en seguida que veas despertar su atención, sin bostezos ni fruncimientos de cejas, y otras variadas expresiones, ten la seguridad de que la cuestión de que le estás hablando es precisamente la que le interesa. (G. 46, v.).

119. Silogismo: discurso dudoso. Sofisma: discurso confuso, lo falso por lo verdadero. Teoría: ciencia totalmente práctica. (F. 96, v.).

120. Los hombres que no buscan más que riquezas y placeres materiales están completamente privados de la riqueza de la sabiduría, único alimento y consuelo del alma. Si el alma es más digna que el cuerpo, la riqueza del alma es irás importante que la del cuerpo.

Sucede a menudo que cuando yo veo a uno de esos tomar una obra en sus manos, pienso que, como los monos, se la van a llevar a la nariz para olerla y acabarán preguntando si es una cosa que se pueda comer. (C. A. 119, r.).

121. Las bellas letras nacen de un buen natural; y como la causa siempre es más digna que el efecto, un buen natural sin letras vale mucho más que un letrado sin buen natural. (C. A. 76, r.).

122. Por el hecho de que yo no soy letrado, ciertos presuntuosos pretenden tener motivo para criticarme, alegando que no soy un humanista. ¡Estúpida ralea! Ellos no saben que yo podría responderles a la manera de Mario a los patricios romanos: "¡Los que se jactan de las obras de los otros y se apoyan en ellas; no quieren reconocerme el mérito de las mías!". (C. A. 119, r.).

123. Ellos pueden argüir que, desprovisto de conocimientos literarios, yo no puedo expresar bien lo que me propongo decir. Ignoran, pues, que mis obras son más el resultado de la experiencia que de palabras ajenas, y que la experiencia fue la maestra de los que escribieron bien; y que del mismo modo yo la tomo por maestra y que en todas las ocasiones a ella es a quien apelo. (C. A. 117, r.).

124. Si, tal como ellos lo hacen, yo no me apoyo en la autoridad de otros autores, más alta y más digna es mi alegación a la experiencia, maestra de sus maestros. Se pasean inflados y pomposos, vestidos y adornados, no de sus trabajos, sino de los trabajos ajenos y me discuten los míos y me

desprecian; a mí, inventor y tan superior a ellos, trompeteros y declamadores, recitadores de obras ajenas y profundamente despreciables.

Y así son juzgados y no de otra manera estimados los inventores, intérpretes de la naturaleza y de la humanidad, en comparación de los repetidores de obras ajenas y charlatanes. Entre ambos existe la diferencia que hay entre el objeto real y su imagen reflejada en el espejo. La primera existe en realidad y por sí misma, la segunda no tiene realidad y no es más que vana apariencia. (C. A. 117, r.).



Estudio de figuras y composición para la Cena, Museo del Louvre, París

125. ¿Qué valor puede tener el que se dedica a abreviar las partes de las cosas, cuando pretende dar su conocimiento integral y deja tras de sí la mayor parte de lo que compone el todo?

La impaciencia, madre de la tontería, admira la brevedad, como si no se tuviera suficiente tiempo en la vida para llegar al pleno conocimiento de un solo objeto, como es el cuerpo humano; y en seguida se quiere abarcar la inteligencia divina en la que está incluido todo el universo, pesándola y dividiéndola en infinitas partes, como si se la quisiera disecar. (R. 1210).

126. ¡Oh, tontería humana! ¿No te das cuenta de que a pesar de haber vivido toda la vida contigo misma todavía no conoces lo que posees hasta sobarte: es decir, tu locura? Y vosotros, con la multitud de los sofistas, os equivocáis, y hacéis equivocar a los demás, despreciando las ciencias matemáticas que contienen la verdad para las cosas que son de su dominio. Y en seguida habláis de milagros y escribís sobre su conocimiento del que el espíritu humano no es capaz y que no puede demostrarse por ningún ejemplo natural. Y les parece haber hecho un milagro, cuando no han hecho más que falsificar la obra de un espíritu especulativo. No se dan cuenta de que caen en el error de quien desnudara a la planta de sus ramas cubiertas de hojas, de sus flores perfumadas y sus frutos.

Así procedió Justino, abreviador de las historias escritas por Pompeyo que relataba con arte todos los excelentes hechos de los antiguos, llenos de detalles admirables, reduciéndolo a un resumen sin interés y propio solamente para espíritus impacientes que creen perder el tiempo cuando en

realidad lo están empleando útilmente en el estudio de las obras de la naturaleza y de los hechos humanos.

Son éstos semejantes a los animales; en su cortejo figuran los perros y otros animales llenos de espíritu de rapiña que se acompañan mutuamente, corren siempre en línea recta y persiguen a las inocentes bestias que, en tiempo de grandes nevadas, se ven obligadas por el hambre a acercarse a las casas para pedir limosna, como a sus tutores. Manada ingrata con la naturaleza, puesto que si no fuera por el aspecto accidental que revisten, se los podría confundir con las manadas de animales. (R. 1210).

127. Los abreviadores de las obras, cometen injuria contra el conocimiento y el amor. ¿Qué valor puede tener el que se dedica a abreviar las partes? ... (R. 1210).



Estudio de expresión y caricaturas. Real Academia. Venecia

128. Las cosas dispersas se completarán y tomarán de este modo tal virtud que devolverán a los hombres su perdida memoria. Entiendo por ello los volúmenes, hechos de pergaminos separados que llevan el relato de las cosas y de los actos humanos. (I. 65).

129. Felices aquellos que prestarán oído a la palabra de los muertos: leer las buenas obras y ponerlas en práctica. (I. 64, r.).

130. Los cuerpos sin alma darán, por sus sentencias, los preceptos útiles para bien morir. (C. A. 362, r.).

131. Las plumas elevarán a los hombres como pájaros hacia el cielo: por las letras escritas mediante plumas. (I. 64, v.).

132. Cuanto más se hable con los cueros vestidos de sentimiento (manuscritos), tanta más sabiduría se adquirirá. (I. 64, r.).

133. Nada se puede ya escribir que resulte una novedad. (T. 14, r.).

134. ¿Cuál es la cosa que siendo tan ansiada por los hombres, no se la puede reconocer cuando se la posee? El sueño. (S. 228).

135. Las ciencias llamadas irritables son aquellas en las cuales el discípulo se hace igual al autor y lo mismo que él lleva su fruto. Son útiles al imitador, pero no igualan en mérito a aquellas otras que no pueden dejarse en herencia.

Entre las ciencias inimitables se encuentra, en primer término, la pintura. Ella no se puede enseñar a quien la naturaleza no ha dotado; al revés de las matemáticas, en las cuales el alumno recibe tanto como el maestro le enseña.

Las formas no se copian, como sucede con las letras, con las cuales ocurre que la copia vale tanto como el original. Tampoco se vacían como la escultura, en la que el calco reproduce el original. En cuanto a la potencia de la obra: ésta no se reproduce en innumerables ejemplares como los libros impresos; sino que permanece noble, honrando a su autor, siempre preciosa y única y no engendra hijas que la igualen. Y esta singularidad, la torna más excelente que las cosas que han sido publicadas para todos.

¿No vemos nosotros a los grandes reyes de Oriente marchar con el rostro velado y cubierto, por la creencia de que disminuiría su prestigio, si se mostraran en pública presencia? ¿No vemos, acaso, a las pinturas que representan a las divinas deidades, mantenerse cubiertas con cortinados de gran precio? No se las descubre sino en las grandes solemnidades de la Iglesia en medio de cantos y de músicas. Y desde que aparecen, la gran multitud de gentes que ha concurrido se arroja al suelo y ruega y adora, puesto que tales pinturas pasan por conferir la salvación eterna y devolver la salud perdida, exactamente como si la deidad que reproducen estuviera viva y presente.

Tales cosas no suceden con ninguna otra ciencia y con ningún otro género de obra humana. Y si tú pretendes que en este caso no es el poder del pintor lo que actúa, sino la idea atribuida a la cosa representada, te diré que en este caso la imaginación humana puede satisfacerse permaneciendo acostada en vez de ir hasta lugares lejanos y peligrosos, tal como se puede ver en las peregrinaciones.

¿Y si tales peregrinaciones tienen lugar constantemente, quién las provoca y determina sin necesidad? Ciertamente, tendrás que confesar que tales simulacros realizan algo que sería imposible para la escritura, representando la efigie y la potencia de una divinidad. Del mismo modo, pues, que tal divinidad ama tal pintura; del mismo modo ella ama a quienes la aman y reverencian y se complace en ser adorada bajo esos rasgos y no bajo otros que también pretenden representarla; y, por intermedio de tales rasgos, ella acuerda gracias y confiere la salvación, según lo creen los que vinieron en peregrinación. (I, U. 8).

136. Todo lo que en invierno permanece oculto bajo la nieve, quedará descubierto y manifiesto en estío: dicho de la mentira que no puede quedar oculta. (I. 39, v.).